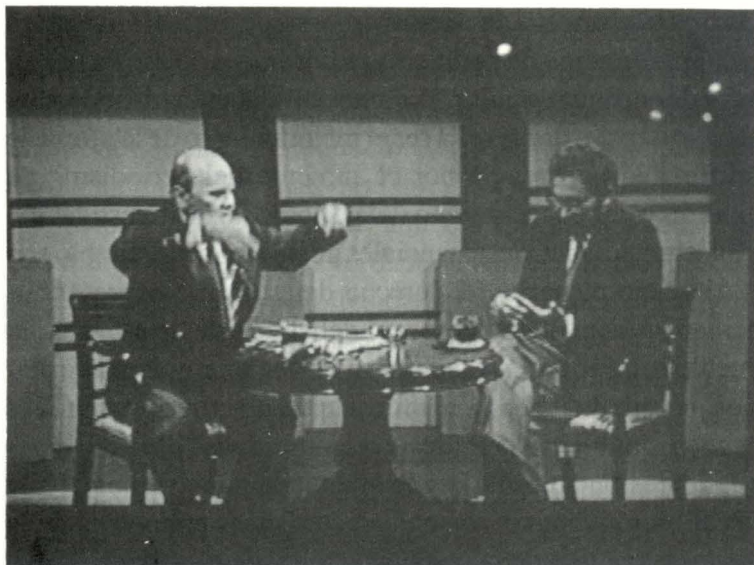


RUEDA VERSUS MESA: ¿QUIEN GANO Y QUIEN PERDIO?

Luis Ramiro Beltrán S.



El pueblo boliviano lucha desde siempre por la democracia. Pero solo desde hace unos 10 años -más de siglo y medio después de fundada la república- ha comenzado a ganar acceso efectivo y duradero a esa forma de gobierno. Y, como es lógico, este proceso político evoluciona de la mano con el proceso de comunicación social. Así lo reconoce, aunque con entendibles reservas, un diario capitalino: “Estamos por lo tanto, viviendo la primera década de nuestra historia en que se conjunciona un periodismo verdaderamente libre con el ejercicio real de la democracia.” (“Ultima Hora”, 1991, p.3)

Hay en efecto indicadores claros de que la comunicación está cumpliendo un papel de creciente importancia en la consolidación del régimen democrático en Bolivia. Uno de ellos es la desaparición del monopolio estatal de la televisión. Otro es la aparición de nuevos órganos de prensa. Un tercero es la instauración de noticieros radiofónicos de escala nacional y de enfoque popular. Y, como consecuencia de todo ello, el cuarto indicador resulta ser el mejoramiento de la oferta de información aparejado por el aumento del periodismo de opinión y por el nacimiento del periodismo de investigación e interpretación. Consustanciales a este plausible cambio son el ejercicio plenario del derecho del pueblo a expresar sus demandas ante el gobierno y el deber de este de escuchar al pueblo e informarle. La defensa de los intereses mayoritarios, la pluralidad en la manifestación de criterios sobre los negocios públicos, la crítica a las autoridades libre de temor a la represión autoritaria y la tolerancia gubernamental a la fiscalización ciudadana son características eminentes de la democratización de la comunicación y de la política.

Es al cobijo de esta nueva atmósfera cívica que llegan, al fin, a activarse sustantivamente en Bolivia los formatos periodísticos más afines a la democracia: aquellos que propician el diálogo libre y penetrante sobre el acontecer de la vida social, política, económica y cultural de la nación. Se destaca hoy entre ellos la entrevista, herramienta vital de casi todos los géneros periodísticos. Y el fenómeno no se circunscribe a la prensa y a la radio. Abarca de lleno también a la televisión.

Protagonista de tal transición en los tres medios masivos. Carlos Mesa Gisbert alcanza en el televisivo el nivel de primacía estelar. Conocido por muchos años como promotor, crítico e historiador del cine, accede al periodismo solo hace alrededor de una década. Entra por la puerta de la radio, como comentarista de temas culturales en la prestigiosa "Cristal" de Mario Castro, irrumpe en la televisión como "hombre ancla" de noticiosos y conductor de programas de entrevistas de tema político, formato inviable en tiempos de dictaduras de facto y poco cultivable aún en épocas de gobiernos constitucionales pero no verdaderamente democráticos. Lo hace tan bien que pronto resulta atraído de un canal a otro hasta fundar, recientemente, una empresa propia de teleperiodismo. Amplía luego su vigencia como analista de asuntos públicos al establecer una columna firmada en el diario "Presencia" y la confirma con la publicación de un libro de historia política boliviana. Así llega a ser al cabo de pocos años uno de los comunicadores más famosos e influyentes del país.

Además de talento, rectitud y profesionalismo hay un factor que contribuye decisivamente a impulsar a Mesa hacia dicho sitio: su audacia innovadora en la televisión, particularmente notoria en el caso del informativo. El acaba en 1985 con el formato tradicional que presenta solamente noticias al agregar el comentario de ellas afrontando el riesgo de que se lo acuse de no ser imparcial. Rompe el tabú de la presunta objetividad periodística para dar al lector antecedentes, contexto y consecuencias de los hechos, así como su interpretación de los principales. Busca compensar así la relativa desventaja que conocidamente tiene la televisión en compa-

ración con la prensa en materia de influencia sobre el público, particularmente en lo relativo a la definición de los temas de interés público, o sea al “señalamiento de agenda”. Trata, en otras palabras, de reducir la superficialidad intrínseca del medio audiovisual sin desconocer que al aumentar la profundidad en el tratamiento de la información puede reducirse el alcance de ella procurando ser más explicativo que persuasivo, dilucidador antes que manipulador. “El aporte de mi trabajo -explica- es romper con la pasividad del espectador que se ve obligado a tomar posición y no necesariamente en favor mío, sino que yo le abro la perspectiva de confrontarse o ampliar el contexto de la información que a veces no tiene.” (Mesa, 1988, p.20)

Mesa aplica el mismo enfoque innovador a sus programas de entrevista. Refiriéndose a “De Cerca” puntualiza:

La idea del programa fue siempre abordar con el entrevistado temas en profundidad, buscando esclarecer la posición del invitado sobre una determinada cuestión y permitir elementos de juicio al televidente para formar su propia opinión... Mi objetivo ha sido posibilitar un espacio de reflexión, conocimiento y recuento de los hechos de nuestra historia reciente, aun a riesgo de una audiencia limitada, quizás elitista en ocasiones, pero importante por su influencia en los niveles de decisión y en un público dispuesto a encontraren la televisión algo más que “show”. (Mesa, 1991, pp.12)

EL DISCURSO DE MESA Y SU INFLUENCIA

¿Existe en Bolivia un público de élite así dispuesto? Si existe, ¿aprecia la oportunidad de reflexión documentada

pero libre que se empeña en brindarle ese periodista? ¿Acepta su apelación al comentario sin condenarlo por falta de objetividad? ¿Es influido por él?

Una acuciosa investigación académica, que abarca el período de mayo a agosto de 1988, da respuestas afirmativas a estas interrogantes. Su autora, Ana M. Capra, logró identificar confiablemente un núcleo de 400 personas en La Paz que conforman los ejes de las principales élites del país: Poder Ejecutivo, Poder Legislativo, Fuerzas Armadas, Corte Nacional Electoral, Confederación de Empresarios Privados, Iglesia Católica, partidos políticos y Central Obrera Boliviana. La encuesta de una muestra representativa de ese conjunto central de élites incluyó dos grupos de preguntas: unas relativas a la información televisiva en general y otras específicamente correspondientes a las actividades profesionales de Carlos Mesa.

En ambos casos los resultados, considerados como un todo o diferenciados entre los de partidos e instituciones, fueron muy dicientes.

En algo más del 50% del total los encuestados indicaron que el noticiero era el motivo para escoger el canal que acostumbraban sintonizar y que preferían el noticiero nocturno del Canal 2 (“Perspectiva Dos” de Carlos Mesa). Las razones principales que dieron para preferir este noticiero fueron: en primer lugar, la forma de presentación de las noticias; en segundo, la selección de las noticias; y en tercero, la inclusión del comentario de las noticias. Más aún, el 71% de los encuestados expresaron opinión positiva respecto de la inserción de comentario en el noticiero. El 56,5% opinó que el comentarista hace un aporte al mismo.

Carlos Mesa fue considerado el mejor de los comentaristas por el 62,3% de los encuestados. Prácticamente el 50% de ellos se identificó políticamente con este periodista en tanto que el 11,6% lo percibió ubicado a su derecha y el 8,7% a su izquierda. El 44% manifestó estar de acuerdo con los comentarios críticos de Mesa sobre el comportamiento de los partidos en el período inmediatamente post-electoral. El 66,7% advirtió en Mesa una tendencia política, principalmente hacia Gonzalo Sánchez de Lozada. Sin embargo, el 56,5% consideró objetivos los comentarios de Mesa: más aún, el 75% valoró como “profesional” su programa “De Cerca” entendiendo por tal, entre otras características, la actitud de ecuanimidad.

Esa apreciación de la voluntad de equidistancia pese a no pretender imparcialidad total fue corroborada por el análisis sistemático del discurso característico de Mesa que hizo la investigadora, encontrándolo racional, coherente y relevante, así como dirigido a apoyar la vigencia del sistema democrático. Dice ella en sus conclusiones: “El discurso de Mesa se basa en la interpretación, en análisis y la toma de posición frente a un determinado hecho noticioso. Las evidencias muestran que la relevancia que otorga a una noticia tiene que ver con la posición asumida por los actores políticos en relación al sistema democrático.... Por otro lado, no se tienen evidencias de que los comentarios emitidos por Carlos Mesa busquen manipular; por el contrario, los mismos otorgan mayores elementos de análisis al dotar a la noticia de una contextualización y un background que deriva, según el caso, en una significación, una valoración subjetiva y una toma de posición” (Capra, 1991, pp.104-105)

VENDAVAL EN EL ESTUDIO

Por casi ocho años continuos el programa “De Cerca” mantuvo incuestionado e incólume el formato que le trazara su creador. Ciento ochenta entrevistas lo implantaron como modelo profesional y consagraron a su autor como el más prestigioso cultor del periodismo televisivo en Bolivia. Y de pronto, como la chispa que fulmina al barril de pólvora, la esencia característica de ese programa resultó espectacularmente desbaratada en la emisión de la noche del 9 de abril de 1991 por la red ATB. Este inesperado suceso ocurrió al adueñarse el invitado de esa ocasión, Mario Rueda Peña, de la conducción de dicho programa de Carlos Mesa hasta el punto de convertirlo de tranquila entrevista periodística en caldeado debate político. El dominio del invitado fue tan efectivo que pronto obligó al anfitrión a dejar la función periodística, que siempre cumpliera con mesura para asumir con fastidio y pasión una actitud política y un comportamiento beligerante. Por primera vez en toda la historia del programa los telespectadores escucharon acusaciones, subterfugios, burlas y gritos en vez de diálogo sereno y razones. Perdido el control de la conducción, Mesa se dejó bajar de su sitio de ponderación hasta llegar por instantes casi a un nivel de reyerta de cafetín. Una hábil manipulación del mensaje y un certero uso del medio por Rueda Peña provocó ese quebrantamiento del programa político bandera de la televisión boliviana. Los temas previstos para el programa quedaron sin dilucidación racional. Fueron ahogados por una marea de imprecaciones, amenazas, interrogaciones y desatempladas reclamaciones. En suma, el formato normal de “De Cerca” fue despedazado en pocos minutos para dar paso a una hora de áspera polémica que podrá haber entretenido a muchos pero no habrá iluminado a nadie.

Tal vez los propios protagonistas de esa emisión no se dieron de inmediato cuenta cabal de lo que estaba ocurriendo. En cambio, puede presumirse que una alta proporción del público televidente, sobre todo los “habitúes” del programa, osciló entre la sorpresa y el estupor. Nunca antes habían visto en “De Cerca” una situación semejante. Los que notaron de inmediato y a fondo la violenta transformación del formato fueron los técnicos del estudio: tan encandilados resultaron, en efecto, con la performance disrruptiva del entrevistado que concentraron sus cámaras sobre él a veces soslayando al entrevistador aun cuando éste estuviera hablando.

¿Habría sido que Mesa no alcanzó a anticipar lo que iba a ocurrir? En realidad, nadie que conozca las habilidades políticas y las dotes comunicativas de Mario Rueda Peña tendría que haberse asombrado con lo que él desató en la pantalla, con temible maestría en lo que probablemente haya sido el episodio de más alta sintonía en la historia de la televisión boliviana.

Fogueado en lides políticas casi desde la niñez, activista combativo y propagandista nato, militante que no conoce la fatiga ni se entrega al desaliento, opositor o gobernante, Mario Rueda Peña es paradigma de lo que en otros países se conoce como “animal político a tiempo completo”. Es decir, un hombre nacido con el instinto, la garra y la vocación definitiva para el negocio del poder público. Orador eficaz en tribuna y en plazuela, conjuga con brillo y pericia los dos dialectos mayores de la retórica política tradicional: el del parlamentario y el del abogado. El alegato polémico, la controversia emocional, el debate apasionado son -por encima de su lucidez y su cultura- armas habituales que él maneja con letal destreza, sin contemplaciones y también con delei-

te, pues su temperamento de guerrero insomne así se lo demanda. Dotado de agilidad mental y facilidad verbal excepcionales, anticipa situaciones y reacciona con felina presteza a lo imprevisto. A menudo teatral, casi siempre agresivo, recurre con holgura a la mordacidad, la arrogancia y la sátira y tampoco escatima el uso de sofisma, calambur y triquiñuela cuando le hacen falta. Y, como si todo ello no bastara, Rueda Peña es un periodista singularmente capaz que entiende muy bien lo que es la televisión como instrumento del juego del poder que, evidentemente, ¡le fascina jugar!

Ninguno de estos atributos del político tradicional por excelencia podían, sin duda, haber escapado al conocimiento del entrevistador. Pero, en apariencia, este no midió con justeza el serio riesgo que representaba el sentarse frente a semejante interlocutor a conversar “en vivo y en directo” nada menos que en el más gigantesco “escenario teatral” del país. Es decir, sabía que el hombre era inteligente y difícil de conducir, pero quizás no le atribuyó el propósito de despedazar su esquema o se confió demasiado en poder reprimirlo si acaso lo intentase. En cualquier caso -por ingenuidad o por soberbia- Carlos Mesa llegaría al programa con la guardia baja y sin opción de recurso a los bomberos. Mario Rueda Peña, en cambio, entraría a la arena directo a matar.

En efecto, a no más de 15 minutos de iniciado el programa, Rueda Peña ya había alcanzado casi la totalidad de sus objetivos en cuanto al manejo y resultados del mismo. La siguiente recapitulación esquemática de ese período inicial da indicios de algunos de los factores explicativos de dicha eficacia.

CARLOS MESA

- Resume la trayectoria del interlocutor y le pide explicar su paso desde la izquierda radical y el movimientismo izquierdista hasta el mirismo de hoy.

- Rechaza, por impropio, el tratamiento familiar.

- Responde negativamente al acertijo.

- Le ruega detenerse y trata de restablecer el orden.

MARIO RUEDA

- Esquiva la pregunta y, sonriente, recurre al tuteo y al diminutivo

- Insiste en ese tratamiento a título de amistad y a fin de restar solemnidad a la conversación. Anuncia, además, supropósito de subvertir el orden de ella soslayando la pregunta sobre sus antecedentes en favor de un tema que no enuncia. Mas bien pregunta al entrevistador si sabe a cuál se refiere.

- Sin aguardar licencia comienza a tratar el tema de la **militarización** del control de narcotráfico afirmando con énfasis que solo hay participación limitada de las Fuerzas Armadas.

- Lo interrumpe con rudeza y continúa tratando de desarrollar el tema que pretende imponer.

- Lo contiene con firmeza y, recuperando momentáneamente el control de la entrevista, repone la secuencia prevista dando prelación a su pregunta sobre el pasado político de su interlocutor. Accederá al tuteo, pero no al desorden.

- Confirma el reajuste preguntando qué llevó a su interlocutor desde el nacionalismo revolucionario hasta el neoliberalismo del gobierno actual.

- Anota, incómodo, que no comprende por qué los miristas cuando se los reconoce como neoliberales reaccionan con indignación.

- Se somete al ajuste. Baja el tono temporalmente.

- Explica detalladamente su “Tránsito político”, pero rechaza la identificación de él y su gobierno con el neoliberalismo. Anota que ya no hay en el mundo bipolaridad ideológica. Sin embargo, plantea con vehemencia que son diferentes que son diferentes de **Goni** (primera mención).. Luego imita burlescamente el hablar agringado de **Goni** (segunda mención), indicando risueñamente al entrevistador que en el colegio fue buen actor teatral. Reitera que ellos no son neoliberales.

- Interrumpe con rudeza para rechazar el apunte.

- A firma, exaltado, que los miristas sólo se diferencian de Goni en su retórica de palabras lindas.

- Acusa con vehemencia a MIR-ADN de ser iguales, en su neoliberalismo, al MNR.

- Molesto, exige del interlocutor que le permita intervenir.

- Pregunta, airado, al interlocutor si cree que el MIR del 70-75 no ha cambiado a la fecha su discurso. Sin aguardar respuesta, reitera obstinadamente su convicción de que no hay diferencia entre ADN-MIR en el gobierno y el MNR.

- Se somete a la proposición sin discutirla.

- Refuta la afirmación, se refiere peyorativamente a **Goni** otra vez (Tercera mención) y ataca al MNR.

- Reitera su ataque a **Goni** (cuarta mención) y al MNR indicando que ellos, traicionando a Paz Estenssoro, se han vuelto ahora populistas de derecha.

- Concede el permiso socarronamente.

- Reitera enfáticamente su convicción de que el MIR es distinto al MNR de **Goni** (quinta mención) porque opta por la economía de mercado obligado por circunstancias externas y solo como recurso metodológico para pasar de la estabilidad al crecimiento y de este al desarrollo con justicia social redistributiva. Subraya que esto es hoy lo realista, lo posible. Afirmando que este tema está agotado propone luego seguir adelante.

Más notoriamente que en otras instancias de comunicación social, en la entrevista por televisión la percepción del otro determina en alto grado la conducta que cada interlocutor ha de seguir.

Inevitablemente, como los toreros y los ajedrecistas, entrevistado y entrevistador se miran y olfatean como queriendo adivinar la próxima movida de su contraparte y pergeñando a su vez su nuevo lance. Inclusive antes del encuentro las expectativas y las intenciones del uno y del otro comienzan a sentar las bases para sus respectivas conductas en la escena. Y, desde luego, la suposición, el temor y el prejuicio suelen tener papeles claves en los preparativos de parte y parte.

¿Qué intenciones tuvo Mesa al invitar a Rueda? ¿Y cuáles fueron sus expectativas respecto del comportamiento de su entrevistado? Por inversa, ¿cuáles fueron las intenciones y expectativas de Rueda Peña? Algo se sabe de estos por manifestaciones “post facto” de uno y otro, así como por observaciones de terceros. Y es importante anotarlo para entender lo que pasó.

Comenzando por lo obvio, cada uno sabía de sobra que iría a actuar frente a un interlocutor de inusual valía y ambos, por tanto, anticiparon la entrevista con entendible tensión que, de suyo, condicionaría su conducta. Pero tal vez Mesa no vio en Rueda Peña exactamente un contendor con quien antagonizar, no esperó que la entrevista terminase con un vencedor y un vencido. Dueño de casa, habituado a interrogar a diario a personajes, mucho más acostumbrado a arrinconar

gente que a ser arrinconado por ella, debería hallarse tan cómodo y confiado en su papel que no barruntaría en la presencia de Rueda Peña ningún sacudón feroz para “De Cerca”. Por eso su sorpresa sería grande más tarde: “...Y he aquí que me encuentro en el camino con Mario Rueda Peña, dispuesto a desbaratarlo todo.” (Mesa, 1991, p. 12)

En cambio para Rueda Peña, político de fibra y matrícula y como tal gallo de lidia, la entrevista es, de principio, un singular episodio de contienda por espacios de poder. Se prepara, pues, para ganar. Asimila al periodista -pese a la amistad que los relaciona por años- al campo de sus antagonistas y lo percibe como una amenaza para la imagen del gobierno al que representa y para su propia carrera. Lo ve así:

Detrás de su aparente seriedad esconde una temible ironía. Es un hombre que investiga y se prepara cuidadosamente para someter a sus entrevistados a un interrogatorio preciso. Pertenece a esa rara clase de periodistas que no solo preguntan, sino interpretan los hechos. Es un inquisidor cortés, pero implacable.... No es pues, casual que DE CERCA se hubiera convertido en una especie de prueba de fuego para los protagonistas del acontecer político. Elogia a su invitado si las circunstancias le aconsejan. Es como un verdugo que exalta las virtudes del cuello de su víctima antes del hachazo...hace que el entrevistado se luzca o se deguelle con sus propias palabras.... (Rueda Peña, 1991, p. 17)

Sensitivo y astuto, el dos veces Ministro de Informaciones sabe que en el plano de la conversación metódica, razonable y serena Mesa podría derrotarlo con holgura. Por eso resuelve sacarlo del terreno de la entrevista clásica que aquel domina para lanzarlo al ruedo desconcertante y espectacular del debate político encendido:

¿Por qué no hacerlo? Se trataba de un diálogo entre periodistas y entre periodistas todo está permitido. Si iba a someterme al riesgo que significaba la entrevista, debía por lo menos asegurarme un número récord de televidentes. Para cualquier caso, sea para los aplausos o para las rechiflas. ¿Cómo? Derivando al “show”, que es el anzuelo del cual se vale la pantalla chica para atrapar a los televidentes (Rueda Peña, 1991, p. 19)

Esa diferencia de actitud entre los interlocutores marca, de principio, clara ventaja para Rueda Peña sobre Mesa. El primero va resuelto a defenderse de un peligroso “enemigo” atacándolo. El segundo va, cuando más, a “sacarle jugo” como periodista crítico al vocero del gobierno.

Hay, desde luego, múltiples posibilidades de observar el fenómeno en función de los presumibles propósitos de los participantes de la entrevista. Por ejemplo: “La intención del entrevistador es revelar al personaje. La intención del entrevistado es, aquí, doble y con frecuencia contradictoria: explicar la conducta del gobierno que representa y justificar la conducta personal.” (Gumucio, 1991, p. 224) Este mismo analista atribuye además a Rueda Peña “el deseo íntimo de tomar ventaja de un programa de gran difusión nacional para proyectar la imagen de un político “hábil.” Es muy posible que esté en lo cierto. Pero, ¿no cabrá también atribuir a Mesa alguna intención más allá de la simple revelación del entrevistado? Crítico franco de este y de otros gobiernos, tendrá al fin “en sus manos” al escurridizo vocero oficial. ¿Cómo podría no tratar de llevarlo a tocar temas de candente actualidad, a responder por los reproches que la oposición y la opinión pública en general, en algunos casos, hacen al gobierno? Tan clara era su intención de hacerlo así que, en el

aviso de prensa -algo circense- con que anuncia la entrevista advierte al público sobre Rueda: “Figura polémica del gabinete. Un portavoz que tiene mucho que decir.”

ESTRATEGIA PARA DEMOLICION

¿Obedeció el desempeño arrollador de Rueda Peña a un plan estratégico delineado con precisión o fue su performance en el programa fruto de la intuición y la improvisación? Lo más probable es que aquello haya sido una mezcla de los dos enfoques en la que la estrategia tuvo prelación pero fue continuamente sometida a ajustes coyunturales según se fue desarrollando el encuentro. ¿Habrá sido acaso que, durante las tres horas en que dice haber dormido antes de la batalla, el ministro concibió en su subconciente la fórmula mixta para la victoria? Lo cierto es que cuando llegó al estudio tenía consigo lista la carga explosiva. Recuerda él así su planteamiento estratégico:

Si el juego de Mesa es la entrevista, el mío ha sido siempre el debate. ¿Cómo hacer para que el entrevistador advenga en rival jugando en campo metodológico ajeno a sus hábitos y gustos periodísticos? La contrapregunta es garrocha que ayuda a este salto de un estilo a otro. ¿Toleraría Mesa que le subvirtiese el género periodístico? (Rueda Peña, 1991, p.18)

Aunque en cierto momento tuvo que amenazar a Rueda Peña con dejarlo solo en el estudio si insistía en su conducta disruptiva y descomedida, Mesa toleró en demasía la subversión movida por la garrocha. Puesto finalmente contra la pared su única salida habría sido suspender la emisión pero

él consideró -por ética y fineza- esta decisión “dramática e imposible”. Y así sobrevendría inevitablemente la demolición.

Quien haya presenciado el programa, o visto la cinta del mismo, y haya además revisado la transcripción que de su texto se consigna en la presente publicación tendrá bases suficientes para hacer una detallada decodificación y un análisis profundo de las estrategias de los contendores, especialmente de la de Rueda Peña. Aquí se hará solamente una esquemática deducción de sus elementos salientes. La estrategia general de Rueda Peña puede enunciarse así: “Convertir rápidamente la entrevista periodística en debate político para abrumar al antagonista en el terreno que le es ajeno.” Este planteamiento conlleva la voluntad de alterar sustantiva y concertadamente el programa en su estilo (formato y tono), orden contenido y propósitos al punto que finalmente carezca de parecido significativo con su patrón de origen. Mesa quedaría de tal manera sin control y en el vacío.

Sustentan la aplicación de la estrategia tres tácticas mayores, cada una llevada a la práctica por medio de recursos retóricos de fin persuasivo y que se usan alternativa o consecutivamente, según convenga.

1. ENARDECERLO PARA DESORGANIZARLO

- Contrapreguntarle sin tregua.
- Burlarse para que, al enojarse, pierda control y serenidad.
- Llevarle la contra mientras habla, así solo sea con sonrisas y ademanes, para que se sienta inseguro.

- No dejarlo argumentar sostenida y coherentemente.
- Interrumpirle a gritos o en voz baja.
- Irritarlo hasta “sacarlo de sus casillas” pero aparentando no querer hacerlo.
- Obligarle a pedir la palabra para que acepte que perdió el control del discurso.
- Distorsionar sus planteamientos y, en lo posible, descartarlos o ridiculizarlos.

2. MENOSPRECIARLO PARA DEBILITARLO

- Tutearlo de principio y con tenacidad bajo pretexto de amistad.
- Usar su nombre en diminutivo con el mismo propósito de disminuir su importancia ante el público.
- Abusar del modo familiar para rebajarle estatura; por ejemplo, al decirle que ve brillo “en tus ojitos” cada vez que se menciona al Goni.
- Tratarlo despectivamente, como con esta frase descortés que denota censura al torpe de entendederá: “Ya te he explicado con “chuis”...teóricos”, aparentemente en vano.
- “Perdonarle la vida” como, al pedirle que tome una de tres opciones explicativas de algo, no darle tiempo alguno para ello y de inmediato decirle: “Si tú no tienes ninguna yo te la voy a dar.”
- Ponerlo a “jugar papeles” -como el de “General” o el “Director Administrativo” -para sugerir que solo así -dramatizando “hipótesis”- puede aquel llegar a entenderle ciertas afirmaciones.
- Anticiparse a una respuesta o afirmación indicándole con sorna que ya sabe lo que va a decir.
- Descartar algunas de sus reacciones como propias de

aquel que no es abogado, insinuando que tal cosa es indicativa de ignorancia.

- Vincularlo con Goni-MNR para descalificarlo.
- Insinuar, con alta frecuencia y de múltiples maneras, que es simpatizante de Sánchez de Lozada y afín al movimientismo.
- Dejar entender que esa tendencia le resta imparcialidad y lo hace enemigo suyo y del gobierno actual, tiñendo su conducta profesional.
- Insistir en ello hasta enfurecerlo.

Se podrá dudar de que haya sido en verdad por un diseño estratégico así de prolijo que Rueda Peña haya podido apabullar a Mesa. Pero es evidente que el ministro hizo, en su favor y en perjuicio de su interlocutor, las cosas que acaban de enumerarse. Y resultado de ese comportamiento fue, sin exageración, visiblemente demoledor para Mesa y su programa de esa noche. El ataque ejecutado en tres etapas -tanteo/ desgaste, desborde y avasallamiento- fue innegablemente eficaz. Mesa estima que no fue arrollado ni avasallado, pero admite que entró en el juego de Rueda Peña, que el orden fue subvertido y que asumió “el papel de polemista que opina en un debate y no el de entrevistador que pregunta”...Y agrega con sinceridad: “Fue estimulante, atemorizador y nuevo. Dije lo que pensaba, expresé sin limitaciones mis opiniones, defendí con vehemencia y con pasión aquello en lo que creo; en suma, fui como realmente soy al desnudo.” (Mesa, 1991, p. 15)

EL PODERIO DE LO NO VERBAL

Sería errado suponer que fue la magia de las palabras de Rueda Peña la que determinó por sí sola el éxito de su estrategia de combate. Tal cosa es virtualmente imposible

aun en el caso del mejor de los oradores. Como lo anotara recientemente la directora de un diario paceño:

“Utilizamos por supuesto las palabras, pero son demasiado obvias, demasiado burdas; sirven más para desubicar, desencontrar, engañar, disimular, despistar o encubrir que para comunicar...” (Andrade, 1991, p. 2) En efecto, es el componente no verbal de la expresividad humana el que transporta la carga mayor de poder comunicativo. Los múltiples gestos del rostro, los desplazamientos, ritmos y posturas del cuerpo, el revolotear de las manos, así como los sentidos del tacto y del olfato, inclusive las distancias entre las personas y los silencios entre emisiones de palabras constituyen el fuerte de nuestro arsenal de signos para convivir. (Véase Davis, 1979)

Comunicadores profesionales, Mesa y Rueda Peña están conscientes de esto. Pero ha de ser Rueda Peña el que se valga -hábil y sagazmente- de ese conocimiento para optimizar su estrategia. Reconoce que apeló en el programa a efectos histriónicos propios del debate político y aptos para el medio audiovisual. “La imagen -anota- es también parte de la comunicación y el realizador, que es el que decide lo que debe aparecer en pantalla, es muy sensible a esas actitudes. Tan sensible como la cobra al encantamiento de la flauta.” (Rueda Peña, 1991, p. 19) Y, en la noche histórica del Canal 9, hizo sonar muy bien ese instrumento al desempeñarse en la escena con el dinamismo y la destreza de un “showman” profesional. Así lo anota, se diría que casi con admiración, su propia víctima: “Cuando yo hablaba él sonreía, se desabotonaba las mangas de la camisa, jugaba con sus lentes... estiraba una pierna y veía detenidamente la punta de su zapato que movía alternadamente de derecha a izquierda, hacía ademán

de levantarse de la silla, extendía ambas manos levantadas para mostrar documentos...” (Mesa, 1991, p. 15) Esto sin hablar de vasos o de las estudiadas y oportunas variantes en los gestos faciales ni del desentenderse por instantes del contendor para enfrentarse con insistencia al espectador, a la cámara... que pudiera haberse descuidado de preferirlo por un instante.

En suma, el Ministro de Información mostró palmariamente en aquella noche que conoce a fondo los poderes de lo no verbal y lo espectacular tal como encarnados por la televisión, pariente del teatro, heredera del circo y compañera del parque de diversiones. (Véase Marcondes Filho, 1989, y Cunha, 1990)

CACHASCAN VERSUS TENIS

En su prólogo a la presente publicación Mario Rueda Peña opina que el programa deja un desafío para los académicos de comunicación, apuntando al dilema entre cantidad y calidad en materia de comunicación. Plantea el interrogante: “¿Cuál es la conclusión a sacar de esta colisión de géneros periodísticos en un programa de televisión?” La inquietud es válida pero la pregunta no luce apropiada. Con la definición y la amplitud requeridas para albergar especies afines coexisten en la televisión tres géneros: el recreativo, el informativo y el ilustrativo. La entrevista televisiva no es, pues, un género por sí mismo sino uno de los cuatro formatos característicos del género informativo; los otros son el noticioso, la revista y el documental. Pero hay una distinción aún más importante que hacer, coincidiendo con Grebe (1991, p. 248), en cuanto a este punto. El debate político es un formato del campo

oratorio. No es un formato del género informativo. Estrictamente no hubo, pues, en el programa ninguna “colisión de géneros periodísticos” que justifique ser estudiada comparativamente con rigor científico.

Lo que hubo, en realidad, fue un choque violento y desequilibrado entre un formato de lenguaje político (en el que cualquier recurso es válido con tal de ganar lo que se toma por contienda) y un formato de lenguaje periodístico en que lo contencioso no es lo primordial y en el que no cualquier recurso es aceptable. El arte de la retórica político jurídica es argumentar convincentemente aunque no sea válidamente. La clave de la retórica periodística está en demostrar fehacientemente lo que se afirma. La diferencia surge de éticas distintas.

En el primer caso, el del debate, lo que prima es el monólogo a menudo brillante pero impositivo. En el segundo caso, el de la entrevista, lo que predomina es el diálogo creativo así no sea chispeante. En el debate tiene que haber un ganador y un perdedor. En la entrevista todos son ganadores pues se benefician al intercambiar civilizadamente experiencias distintas y hasta opuestos puntos de vista.

Que el debate sea por lo general más dinámico y ameno que la entrevista se explica porque el primero es más elemental, epidérmico y emotivo en tanto que el segundo es más reflexivo, profundo e intelectual. Por su vocación de espectáculo y su naturaleza superficial, es obvio que la televisión guarda mayor relación de identidad con el debate que con la entrevista. Pero lo que ocurrió en la noche del 9 abril del 91 en el canal 9 fue más bien una sorpresiva y desigual confrontación entre dos instancias muy distintas de comunicación

humana. Fue, lamentablemente, una especie de lid injusta de cachascán con tenis, no un cotejo aleccionador entre dos formas realmente comparables de hacer periodismo iluminador y televisión enriquecedora.

EL IMPACTO EN LA GENTE

¿Qué influencia tuvo el programa en el público televidente? Una encuesta telefónica de una muestra estadísticamente representativa de espectadores, lo más rápidamente posible después de concluida la emisión, podría haber brindado un principio confiable de respuesta científica a tal interrogante. (Luis Alberto Quiroga la habría podido hacer con su habitual eficacia.) En ausencia de ella cabe - como opción alterna - un estudio sistemático a base de la cinta de video, de la transcripción del texto del programa y de los demás materiales compilados en la presente publicación. Ojalá pudieran hacerlo estudiosos de la comunicación política como Raúl Rivadeneira, comunicadores especializados en política como Juan Cristóbal Soruco y Samuel Mendoza o políticos que cultivan sistemáticamente el periodismo como Roberto Jordán Pando y Juan Pereira Fiorilo. También, por supuesto, sería muy lógico que alumnos de las escuelas universitarias de comunicación hicieran tales estudios, aunque se sospecha que podrían encontrarse con que los espectadores le prestaron mucha más atención al fumar excesivo de Mesa o al mover de lentes de Rueda Peña que al contenido y los fines del programa. (Grebe, 1991, p. 249)

Lo único que hay a la mano sobre el asunto, entre tanto, es material periodístico: unas cuantas noticias y comentarios, como los que se reproducen en la presente publicación. Presumiblemente estos materiales reflejan en algún grado la

posible reacción de la gente. Pero, ¿la reacción a qué? No a los temas sobre los que hubieran debatido los protagonistas (neoliberalismo, militarización, juicio a magistrados y corrupción estatal), ni a la posible influencia del debate sobre los espectadores. Más bien se refieren casi exclusivamente a la forma inusual del programa “en que se leyeron la suerte entre gitanos” y a lo que hicieron, o dejaron de hacer, los protagonistas, no a lo que ellos comunicaron al país. Lo anecdótico predomina sobre lo sustantivo.

La mayoría de los diarios paceños registran el trastrocamiento de papeles reprochando a Rueda Peña sus procedimientos y deploran que la conversión de la entrevista en debate espectacular haya anulado la finalidad de dilucidación racional de asuntos de interés público. Por ejemplo:

•...El invitado de la jornada, el Ministro de Informaciones Mario Rueda Peña, convirtió el espacio televisivo en un escenario parlamentario e hizo las veces de moderador y entrevistador. (PRESENCIA, abril 10 de 1991)... El programa, que inicialmente debía ser una entrevista, terminó siendo un “show” televisivo en el que el entrevistado logró simplificar, ridiculizar y llevar al terreno de la discusión callejera temas importantes. (PRESENCIA, abril 11 de 1991)... Algunos, claro está, pensarán que el Ministro fue en extremo avasallador. Tal vez tengan razón. Otros dirán que el periodista no supo conducir su programa. Tal vez estén nuevamente acertados... El Ministro demostró su talento, pero no ofreció las explicaciones que la gente estaba esperando. El periodista perdió el control de su propia persona, pero a cambio de eso quizás valió el sacrificio, se confesó como una persona más: con virtudes, defectos y ese apasionamiento que nos ha permitido construir todo lo que hoy tenemos. (Walter Mur en PRESENCIA, abril 14 de 1991)

• Ostensiblemente Rueda trató de colocar a Mesa en el papel de “gonista”, sin lograr su propósito, y Mesa vio frustrados sus repetidos intentos de ensartar con hábiles preguntas a su adversario que resultó ser más escurridizo que una anguila..(HOY, abril 10 de 1991)

• Los temas fueron bordeados, manipulados, desesperadamente retornados al tapete...Rueda fue a traicionar el sentido de esclarecimiento del programa pero a reivindicar o a desarrollar con talento enredista las potencialidades espectaculares que nacen de un set, televisivo. (Julio Peñaloza Bretel en ULTIMA HORA, abril 13 de 1991)... La entrevista que se convirtió en debate puede marcar un hito y abrir el camino de conversaciones más amplias y menos convencionales... Es obvio que con el debate Mesa-Rueda no hubo muchos que optaron por cambiar de canal... Debe ser una de las pocas entrevistas en que Mesa perdió (un poco) los estribos... En cuanto a Rueda Peña no creemos que sea un Goebbels aunque no le disguste la idea.(Ted Córdova en ULTIMA HORA, abril 13 de 1991)... La estructura de “De Cerca” se basa en dos aspectos: diálogo y racionalidad... Desviado el sentido objetivo del programa, lo cual es peligroso en un medio como la televisión, siempre más cerca del barullo y la superficialidad por su naturaleza, todo fue a contracorriente del raciocinio y del desconcierto hecho divertimento. (Julio Peñaloza Bretel en ULTIMA HORA, abril 14 de 1991)... Me decía una amiga con referencia al programa “De Cerca” de Carlos Mesa que su invitado del martes último, Ministro Rueda Peña, lo hizo “bolsa” de entrada... No quiso decir que lo superó en brillantez ni cosa por el estilo, sino que con bastante torpeza lo llevó a su propio terreno...en otras palabras, la viveza ganó a la inteligencia. (Claudio Páez, hijo, en ULTIMA HORA, abril de 1991)

LAURELES: ¿POR QUÉ Y PARA QUIÉN?

En resumidas cuentas, ¿quién, en efecto, ganó y quién perdió con lo sucedido? Desde el punto de vista de haber anulado al entrevistador y logrado convertir su entrevista en debate que dominó, Mario Rueda Peña es el ganador claro y absoluto de la agria batalla en que él transformó el programa. No ganó una guerra, sin embargo, pues ni el programa tiene trazas de desaparecer del canal ni es probable que Mesa haya visto honda y definitivamente mermados su influencia y prestigio. ¿No podría quizás suceder inclusive lo contrario: que Mesa cobrase más estatura por haber sido damnificado y que Rueda perdiese un poco de cartel por su desmesurada agresividad? ¿Podría así, en última verificación, Mesa resultar el ganador y Rueda Peña el perdedor? ¿Fascina morbosamente a la gente ver caer un “tótem” o, al verlo caído, se torna a su favor para levantarlo? ¿No perdió Rueda Peña, cuando menos, la oportunidad de explicar al país breve, elegante y contundentemente- su posición sobre la temática prevista por Mesa?

Tal vez habrán investigadores sociales que buceen en territorios de duda como esos si es que la noción de perder y ganar, que el formato de debate implanta, prevalece en la gente llamada por el encuentro al festival de catarsis. Gente como la que atiborró las centrales telefónica del canal y de la empresa no para protestar por el escamoteo de la discusión de los problemas sino para pedir reprise de la divertida bronca y disfrutar apostando a “quién es más macho, más hábil, más peleón...” como en la corrida o en el cuadrilátero.

Entre tanto, es seguro que hubo un neto perdedor de la noche: el público televidente -expresivo del pueblo bolivia-

no- que fue privado del ejercicio de reflexión sobre la realidad nacional a que, negándose a hacer “show”, lo tiene acostumbrado Mesa desde 1983.

Lástima.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ANDRADE, Lupe, “Cuerpo a cuerpo: el lenguaje silencioso”, en Última Hora, La Paz, junio 2 de 1991, 1er. cuerpo, p. 2.

BELTRAN, Luis Ramiro, “Televisión para el Desarrollo: ¿Existe en Bolivia?”, en Diálogos de la Comunicación, Nº 29, Lima: FELAFACS, marzo de 1991, pp. 68-76.

CABALLERO, Ramiro y Ramiro Duchén Condarco, “Aproximación a la televisión en Bolivia”, en Revista Boliviana de Comunicación, Nos. 6-8, La Paz, noviembre de 1985, pp. 9-24.

CAPRA SEOANE, Ana M. Carola, **Carlos Mesa: sus comentarios y su impacto en las élites (mayo-agosto 89)**, Tesis de Grado para Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social, Universidad Católica, La Paz, febrero de 1991.

CUNHA, Albertino Aor da, **Tele-Jornalismo**, Sao Paulo: Editora Atlas, 1990.

DAVIS, Flora, **A Comunicacao Nao Verbal**, Sao Paulo: Summus Editorial, 1979.

GUMUCIO DAGRON, Alfonso, “Sobre “De Cerca” con Mario Rueda Peña el Lugar de la Comunicación” (artículo para la presente publicación, manuscrito), 1991.

LANDI, Oscar "Mirando las Noticias", en Eliseo Veron (comp.): **El Discurso Político**, Buenos Aires: Hachette, 1987.

MARCONDES FILHO, Ciro, **Televisao: a vida pelo video**, Sao Paulo: Editora Moderna, 1989.

MARTINEZ, José Luis, **El Mensaje Informativo: periodismo, radio, televisión y cine**, Barcelona: ATE, 1977.

MESA, Carlos "Tengo un ego marcado", en *Criterio*, N° 114, La Paz, octubre de 1988.

MESA, Carlos "Medios de Comunicación, Democracia, Cultura Política y Elecciones", en *Presencia*, marzo de 1989.

MESA, Carlos (prólogo a la presente publicación, manuscrito), 1991.

PEÑALOZA, Julio C., "Las Noticias en TV y su Inscripción en la Cotidianidad", en *Perspectiva*, La Paz, agosto de 1988.

RIVADENEIRA PRADA, Raúl, **Televisión y Educación en Bolivia** La Paz: Editorial CENDES, 1987.

RIVADENEIRA PRADA, Raúl, "Bolivian Televisión: When Reality Surpasses Fiction", en Elizabeth Fox (comp.): **Media and Politics in Latin America: the Struggle for Democracy**, London: Sage. 1988, pp. 164-170.

RUEDA PEÑA, Mario (prólogo a la presente publicación, manuscrito), 1991.

TIRADO, Nazario y Raúl Rivadeneira, **La Televisión en Bolivia**, La Paz: Editorial CENDES, 1987.

TORRICO, Erick, **Periodismo: apuntes teórico-técnicos**, La Paz: Andina, 1989.